

colección rúbrica



BLANCA DEL CERRO



HA LLEGADO LA HORA

esstudio
ediciones

PRIMERA PARTE

1

Pascual Sanabria sentía que el estómago se le salía por la boca de pura felicidad. Increíble, increíble, increíble, repetía y repetía sin cesar. Sus sienes, sus venas y su corazón retumbaban al mismo tiempo formando un coro inigualable de bienestar y dicha. ¿De verdad estaba viviendo lo que estaba viviendo? ¿Era todo cierto? ¿No lo estaría soñando? Tal vez, en un momento dado, se despertaría. Le daban ganas de pellizcarse, por si acaso, por si aquello no fuera real. Tumbado en la enorme cama de matrimonio que compartía con Cristina, su hermosa mujer morena y altiva, en ese momento dormida a su lado, Pascual no podía conciliar el sueño. Cristina respiraba suavemente y soñaba con hadas mágicas y guirnaldas de colores, una especie de arcoíris bello y polícromo. Demasiadas emociones. Le parecía verdaderamente insólito lo que le estaba sucediendo, a él, sí, a él, a quien su padre en cierta ocasión le había advertido que no llegaría a ninguna parte por su forma de ser, o por su forma de actuar, o por sus extraños recovecos mentales, o por su proceder absurdo en determinados temas, o porque en el fondo —y a su progenitor le costaba admitirlo pero no tenía más remedio que hacerlo—, aquel chaval,

el tercero y último de su prole, no era lo que podría llamarse una buena persona, ni un corazón generoso, ni un cerebro excesivamente inteligente, o quizás por todo a la vez. Y, como verás, te equivocaste, papá, te equivocaste de lleno. Eras demasiado recto, demasiado firme, demasiado estricto, como la mayoría de los padres de la época, aunque no puedo quejarme, peor fue en el caso de los abuelos tan aferrados a costumbres y hábitos, y querías tenernos bajo tu mando, siempre bajo tu mando, tu inflexible batuta. Si me vieras ahora, papá, pensó con una sonrisa que de puro placer le estiraba el rostro, si me vieras no dirías lo mismo. Mírame, papá, mírame desde donde estés, porque tendrías que tragarte tus palabras. Es una pena que ya te hayas marchado a otro mundo y no puedas compartir conmigo estos momentos de felicidad absoluta. Quién te lo iba a decir, tu hijo Pascual, el más débil de los tres, el pequeño, el más huraño, el más inútil según tu propio criterio, aunque jamás lo hubieras confesado en voz alta, por supuesto, esas cosas no se dicen, ahora es, nada más y nada menos, Presidente del Gobierno.

Presidente del Gobierno.

Se le atragantaban las palabras y no llegaba a pronunciarlas porque se atascaban en la garganta.

Presidente del Gobierno.

Era como un cántico angelical, como un sueño etéreo convertido en certeza, como una fantasía hecha miguitas de realidad.

Toda la vida soñando con ello y ahora lo tenía entre las manos.

Pre-si-den-te-del-go-bier-no.

Cerraba los ojos, fruncía los labios y lo repetía y lo repetía una y otra vez para llegar a creerlo.

Es cierto, es cierto, Pascual, no estás soñando, no es una fantasía como lo había sido durante tanto tiempo, por fin lo has conseguido, por fin, aunque no te lo creas, eres el Presidente del Gobierno de España, de uno de los mejores países de Europa, uno de los mejores países del mundo, plagado de historia, de hechos inusitados, de seres duros, fuertes e increíbles, lleno de color y sombras.

Años y años deseándolo, años y años persiguiéndolo, poniendo zancadillas a quien fuese, disimulando, inventando, mintiendo, retorciendo las verdades, saltando por encima de no importaba qué vallas y cortando no importaba cuántas cabezas, eso, al fin y al cabo, era lo de menos porque lo importante, conforme a su propio pensamiento, era el fin no los medios para conseguirlo. Y el fin estaba allí, y él lo estrujaba entre las yemas de los dedos aunque sin llegar a deshacerse, y lo apretaba entre los puños para que no escapase. Aquellos que quedasen atrás, aquellos que se perdiesen en el camino, aquellos que se diluyesen en la nada a la búsqueda de un sueño, pues había muchos, muchísimos, eran, como se decía ahora, daños colaterales. Y carecían totalmente de importancia.

No importaba cómo lo hubiera conseguido, eso era lo de menos. No le había elegido el pueblo en unas

elecciones normales, tal y como sucedía cada cuatro años. Simplemente había formado una alianza estratégica con fuerzas innobles y desleales, de acuerdo, con separatistas que no amaban a su país, de acuerdo, con terroristas que odiaban todo y a todos, de acuerdo, sí, de acuerdo, pero una alianza al fin y al cabo, admitida por su Constitución y por sus leyes, por lo que no había cometido ninguna ilegalidad, estaba totalmente libre de cualquier culpa. Lo cierto es que hubiera sido capaz de vender a su esposa y a sus propios hijos con tal de conseguirlo, capaz de agredir, matar y asesinar incluso, pero eso no lo admitiría jamás, no podría hacerlo, le tacharían de inmoral, aunque la verdad es que nada le importaba lo que opinasen los demás de su vida, de su forma de actuar y de sus gestiones, porque había hecho realidad su gran deseo, su gran sueño, su gran ilusión, y eso era lo único verdaderamente importante.

Sus ansias de poder le corroían las entrañas.

Miró a Cristina, dormida a su lado. Llevaban mucho tiempo juntos, desde muy jóvenes —la amaba y la deseaba por encima de todo—, antes de iniciar la meteórica carrera que le había conducido adonde ahora se encontraba, y le había dado tres hijos, Esteban, Aurelio y Noelia. Buenos chicos, no podía negarlo, y buenos estudiantes, especialmente Aurelio que era un magnífico alumno, mejor que los otros, siempre obtenía excelentes calificaciones y pretendía ser médico cirujano para lo que se estaba preparando en la actualidad. Esteban llevaba

un par de años en la universidad, habiéndose decantado por la carrera de Ciencias de la Información y era un chaval serio y formal, y Noelia era todavía muy pequeña. Noelia nació cuando ya no esperaban tener más hijos y Cristina se quedó embarazada. Una verdadera sorpresa. Fue en un mes de agosto durante el que se amaron especialmente, aquel mar Mediterráneo, aquellas playas tan dulces, aquella brisa que se mete por las entrañas y hace maravillas en los seres humanos. Noelia, tan serena y tan tierna, con sus bucles suaves y su boca de piñón, era un encanto de niña, su ojito derecho, aunque nunca lo admitiría abiertamente.

Jamás te lo habrías imaginado, ¿verdad, papá? Tu hijo, Presidente del Gobierno.

No podía abandonar la sonrisa de sus labios mientras la figura de sus padres, Esteban Sanabria y Victoria Almendros, paseaba de un lado a otro de su cerebro.

Recordaba su infancia como una época básicamente feliz, al igual que sucedía con casi todos los niños a su alrededor. Una buena casa, un buen barrio, un buen colegio privado —religioso, por supuesto, padres escolapios—, unos buenos maestros, unos buenos compañeros, unos buenos estudios. Los de su clase social eran así. La familia Sanabria pertenecía a la alta sociedad, se codeaba con las esferas superiores, vivía sobre nubes de algodón de color púrpura.

A diferencia de sus hermanos, María Victoria y Ángel Luis, Pascual no fue un buen estudiante. Le

disgustaban los números, le aburrían las letras, le costaba concentrarse, aprobaba por los pelos, ningún tema le resultaba suficientemente atractivo. Sus verdaderas pasiones eran dos: los coches de carreras, afición a la que dedicaba los fines de semana y gran parte de su tiempo libre, y la política. Y más que la política, el poder que se conseguía a través de la misma. El hecho de verse dirigiendo los destinos de los pueblos, de tener miríadas de seres a sus pies, de ser glorificado, alabado y aclamado por las masas, de ocupar los más altos cargos de un país, de que su palabra fuera reverenciada y obedecida al instante, le producía un placer inconmensurable que no tenía parangón ni podría igualarse a ninguna otra experiencia conocida. Eso significaba el poder. Y él lo adoraba.

Cuando le llegó el momento de elegir una carrera, tras años de penalidades académicas y calificaciones que apenas rozaban el aprobado, se decantó por la abogacía. Y no es que el Derecho le resultase más o menos atractivo que otro tipo de estudios, pues no entraba dentro de sus planes dedicarse a ello en el futuro (¡demasiado esfuerzo!), sino que consideró que, ante la obligación que le imponía su propio padre de adquirir algún tipo de formación, y dado el escaso interés le ofrecían las restantes opciones, las leyes podrían resultarle lo más sencillo a su alcance.

Respecto a sus ideas... Bueno, sus ideas... no tenía en realidad ideas definidas porque, ante el panorama del poder, éstas no existen, o son volubles, o variables, o incluso

intercambiables. Las ideas se diluyen, cambian, se transforman en función del momento o de lo que verdaderamente se pretende conseguir.

Antes de empezar la universidad, se afilió al *Partido Unitario Nacional de los Trabajadores* (PUNT), con puntos de vista modernos a la par que progresistas y totalmente contrarios a lo que había aprendido con su familia y vivido en su hogar y, casi de forma simultánea, conoció a la que más adelante se convertiría en su esposa.

Cristina Robles, veintipocos años, poseía una belleza atractiva, una cabellera morena y larga, unos ojos cautivadores con destellos verdiazulados semejantes a un par de estrellas de mar, y una sonrisa muy tierna a la vez que rompedora. Los luceros de la voluptuosidad se paseaban por su cuerpo despidiendo chispitas diminutas. A Pascual le atrajo desde el primer momento que se cruzaron sus destinos un día brillante de sol y primavera que se encontraba en la sede de su partido, por su forma de mirar, por sus músculos elásticos gritando promesas en voz baja, por los lunares que se desparramaban por su rostro y por la manera de defender sus ideas, tan vehemente, tan firme, tan convencida. Aunque en ese momento no llevara razón porque realmente no la llevaba.

Con el cuerpo agitado y la piel sudorosa, Cristina acababa de entrar en la sede de su partido procedente de una manifestación a la que había asistido protestando contra de la Ley Educativa del Partido de Trabajo y Bienestar (PTB), el partido de la oposición, en ese